

rentes y de frente, os arrojaréis sobre la rataguardia del enemigo exterminándole. En vos tenemos toda nuestra esperanza. — Salud y fraternidad.

» BASSETTI. »

— Y bien, dijo el patrón de la barca al ver que el cardenal leía segunda vez la carta : *¿la Málaga es siempre Málaga, Excelentísimo señor?*

— Sí, hijo, respondió el cardenal, y voy á probarlo.

Y volviéndose al marqués de Malaspina :

— Marqués, le digo, que den á este mozo cincuenta ducados y una buena cena. Las noticias que nos trae lo merecen.

En seguida el cardenal escribió á de Cesare, en Pórtici, que no perdiese de vista á Schipani, y le envió un refuerzo de trescientos calabreses y cien rusos.

Tomó de Cesare sus medidas en consecuencia, previendo que el despacho interceptado podía tener un duplicado que, para desgracia de Schipani, recibió éste poco después.

## CAPÍTULO XXII

### La jornada del catorce de Junio

Pagliucchella se había arrojado al mar al sospechar que el coronel Miguel había colocado mal su confianza en aquella gente : como era buen nadador, avanzó por debajo del agua hasta cierta distancia, y llegó sano y salvo al Mole y de allí al Castillo Nuevo, á la una de la mañana, á la sazón en que Salvato volvía cubierto de heridas, aunque leves, y con el sable mellado, como prueba de la valerosa lucha que había sostenido.

Al ver á Pagliucchella empapado en agua y saber lo que había pasado, se olvidó de sí mismo pensando sólo en parar el golpe enviando otro mensajero con el duplicado del despacho.

Personóse Salvato, cubierto de sangre y destrozado, ante el Directorio, que tenía sesión permanente, y contó primero que, con ayuda de Nicolino y de Miguel, había sofocado el levantamiento de Nápoles,

empedrando literalmente de cadáveres la calle de Toledo: que Miguel estaba herido; pero que al día siguiente volvería á tomar el mando de la plaza: repitió después la relación de lo acontecido á Pagliucchella, que estaba modestamente detrás de Salvato, mientras éste hablaba.

Los directores se miraron unos á otros. Si Miguel, que era un lazzaroni, había sido burlado por los marineros de Santa Lucía, ¿con quién hemos de contar nosotros, que no tenemos la menor influencia sobre esa gente?

— Necesitamos un hombre seguro que vaya á nado desde aquí á Granatello.

— Cerca de ocho millas, dijo uno de los directores.

— Es imposible, añadió otro.

— Dispensadme, mi general, dijo Pagliucchella.

Yo iré.

— ¿Cómo tú? dijo Salvato riendo, cuando acabas de llegar.

— Razón de más, pues que conozco el camino.

— Si te sientes con fuerzas, prosiguió con gravedad Salvato, habrás merecido bien de la patria.

— Las tengo, repuso Pagliucchella.

— En ese caso, descansa una hora, y Dios vele sobre ti.

— Una hora de descanso, dijo el lazzaroni, puede comprometerlo todo, fuera de que no la necesito. Las noches de verano son cortas: dadme el segundo despacho envuelto en un encerado; me lo colgaré al cuello como una imagen de la Virgen, y á menos que mi patrón San Antonio se haya pasado á los sanfedistas, antes de las cuatro de la mañana la orden estará en manos del general Schipani.

— Cumplirá lo que promete, dijo, abriendo la puerta, Miguel, que había oído las últimas palabras de Pagliucchella.

Salió éste poco después, y al llegar á la playa se desnudó, y atándose encima de la cabeza la camisa y los calzones, se lanzó á la mar, y tomando en su náutica expedición mil precauciones para libertarse de los espías y barcas del cardenal, pudo tomar tierra en Pórtici y llegar á Granatello.

Los patriotas tenían razón en contar con el valor de Schipani, pero nada más que con su valor. Recibió éste, y prodigó sus más solícitos cuidados al mensajero, y sólo se ocupó después en obedecer las órdenes del Directorio.

Pagliucchella le manifestó todos los pormenores de la frustrada misiva que se le dirigió primeramente, y que el cardenal se opondría enérgicamente á su

retirada sobre Nápoles. Pero los hombres del carácter de Schipani no reparan en obstáculos materiales, y respondió: « Tomaré á Pórtici. »

Reunió, pues, á las seis su columna de mil quinientos hombres, los arengó con la energía propia de su carácter y les indicó sus planes de ataque. Oyéronse, al mismo tiempo, tres cañonazos del Castillo Nuevo, y á los gritos de « ¡ Viva la república! muerte ó libertad » se lanzaron sobre el enemigo, agregándose á las filas Pagliucchella, armado de un fusil y con sus calzones y camisa por todo traje.

El enemigo tenía orden de dejar adelantarse en las calles á Schipani, y aun sin esta orden lo habría conseguido al rudo empuje de sus soldados. Pero descuidó enviar exploradores, y forzó los pasos de Terre-del-Greco y de la Favorita, y se internó en la prolongada calle de Pórtici, sin reparar que estaban cerradas todas las puertas y ventanas.

La estrecha y larga ciudad de Pórtici, no consta realmente más que de una calle, que al llegar á cierto punto tiene un recodo repentino, y parece que está cerrada por una iglesia, á cuya izquierda está la salida.

Allí esperaba de Cesare á Schipani con dos cañones y una barricada y un total de mil hombres

en fuertes posiciones. Cuando Schipani y los suyos llegaron á paso de carga á cien pasos de la emboscada, dispararon á una señal los dos cañones cargados á metralla, y la iglesia, que cerraba la calle, abrió de par en par sus puertas vomitando fuego y muerte. Abriéronse también al mismo tiempo las ventanas, y el ejército republicano se encontró de repente metido en una verdadera hornaza. Tres veces atacaron como leones la formidable posición, siendo rechazados con terribles pérdidas. Á la tercera, destacó Schipani quinientos hombres de los ochocientos que le restaban para que cogiesen al enemigo por la espalda, mientras él los acometía de frente; pero imprudente como siempre, no supo escoger su gente, y la que había de secundar su movimiento, lejos de seguir sus órdenes, se unieron á los sanfedistas al grito de « ¡ viva el rey! ».

Greyó Schipani que este grito era una señal, y acometió por cuarta vez; pero fué recibido con un fuego más mortífero que las tres primeras, aumentado por el refuerzo de quinientos hombres. Arrasada su pequeña legión por las balas de cañón y de fusil, se arremolinó como poseída de un vértigo, y reducido Schipani á unos cien hombres y no pudiendo abrirse paso, retrocedió como un jabali que se vuelve contra el cazador.

Sea miedo, sea respeto, lo cierto es que la masa que le cortaba la retirada se abrió delante de él, y pasó, por entre dos líneas de fuego, perdiendo la mitad de sus hombres y prosiguiendo su retirada con unos cuarenta hasta Castellamare. Allí, al pasar por una callejuela, se abrió una puerta y se refugió en casa de un patriota que le reconoció, le dió asilo, le curó las dos heridas que había recibido, una en un brazo y otra en una cadera, y le prestó un traje de paisano: mas no queriendo comprometerle Schipani, abandonó aquella misma noche su generoso albergue y se refugió en la montaña donde anduvo errante unos días, hasta que, reconociéndolo, fué preso y conducido á Prócida con otros dos patriotas, llamados Spano y Battistessa.

El lector recordará que el venenoso Speciale era juez en Prócida: vamos á dar idea de este señor con una de esas atrocidades que valen más que cuantas descripciones puedan hacerse.

Spano era un oficial cuya hoja de servicios databa de la monarquía: la república le hizo general para oponerle á la marcha de Cesare, y había caído prisionero de un destacamento sanfedista.

Battistessa había ocupado una posición más obscura: tenía tres hijos y pasaba por uno de los

ciudadanos más honrados de Nápoles: cuando se acercó el cardenal Ruffo tomó sin ostentación un fusil, se agregó á las filas de los patriotas y se batió como hombre denodado. Nadie tenía que echarle en rostro sino el haber obedecido á la voz de la patria. Verdad es que en aquellos momentos tal obediencia llevaba á la muerte; pero ¡qué muerte! vamos á verlo.

Juzgados los tres por Speciale, fueron sentenciados á la pena afrentosa de la horca.

Después de haber permanecido suspendidos de la cuerda por espacio de veinticuatro horas los cuerpos de Battistessa, Spano y de Schipani, fueron expuestos en la iglesia del Espíritu Santo, de Ischia.

Pero una vez tendidos en su lecho funerario el cuerpo de Battistessa exhaló un suspiro, y el sacerdote se apercibió con asombro y terror que tan larga suspensión no había producido la muerte. Un sordo pero continuo estertor atestiguaba la tenacidad de su vida, viéndose el pecho del paciente hundirse y deprimirse, hasta que poco á poco recobró sus sentidos y volvió en sí.

Todos opinaban que aquel hombre había cumplido su pena; pero nadie, ni un sacerdote mismo, se atrevió á tomar decisión alguna sin recibir órdenes de Speciale.

Envióse, pues, un mensajero á Prócida.

Figúrese cuál sería la angustia del infeliz que en medio de sus padecimientos físicos creía que cuanto le había pasado era una horrible pesadilla.

Volvió en tanto el mensajero acompañado del verdugo y sacando á Battistessa de la iglesia, que cesaba de tener derecho de asilo para servir á la venganza de un rey, y en la escalinata concluyeron con la víctima á puñaladas.

Pero volvamos á Nápoles, en donde era tal el desorden que ninguno de los fugitivos del castillo del Carmen pensó en avisar al Directorio de lo ocurrido.

Ignorándolo también el comandante del Castillo Nuevo tiró á las siete de la mañana los tres cañones que debían servir de señal á Schipani.

Ya hemos visto el triste resultado de su movimiento.

Casi al mismo tiempo vinieron á anunciar la toma del castillo del Carmen cuyos cañones amagaban á la ciudad. Esto no obstante se concertó que en cuanto se viese aparecer á Schipani con su tropa se haría la salida dando la señal el Castillo Nuevo : así es que todos los oficiales superiores, incluso Salvato, dirigian sus catalejos hacia Pórtici y vieron oyeron la polvareda y el nutrido

tiroteo, y luego un movimiento de retroceso hacia Castellamare : era la derrota de Schipani.

Miguel y Salvato apercibieron á media legua un bulto en el mar : acercábase y creyeron distinguir á Pagliucchella, que hacía señales en demanda de auxilio. Bajaron precipitadamente, lanzáronse en una barca y al cabo de algún tiempo descubrieron efectivamente á Pagliucchella, lívido el rostro, los labios desfallecidos y entreabiertos, exhausto de fuerzas, próximo á ahogarse. Miguel se arrojó en su auxilio.

— ¡Ánimo ! le gritó.

Pagliucchella quiso responder, pero desapareció de repente. Zambullóse Miguel y permaneció diez segundos invisible bajo el agua : al fin asomó la cabeza, pudiendo sólo decir :

— ¡ Socorro ! ¡ socorro !

Tendióle Salvato el remo, pero cuando iba á asirle volvió á hundirse arrastrado por una fuerza invisible. De repente se notó una especie de hervor hacia la proa de la barca : inclinóse cuanto pudo Salvato y asió á Miguel, por el cuello de la camisa manteniéndole la cabeza fuera del agua.

— Ayudadme, general, dijo Miguel, me encadena con sus brazos.

Salvato le cogió con ambas manos y logró ha-

cerle subir con Pagliucchella, que le tenía asido por la cintura.

Pagliucchella estaba desvanecido y corría sangre con abundancia de su cadera atravesada por una bala.

Bogaron vigorosamente, y al atracar al pie de la muralla encontraron al médico Cirillo, y gracias á su asistencia facultativa volvió en sí Pagliucchella, y contó la horrorosa carnicería de que se salvó por milagro.

Al mismo tiempo supieron que Bassetti había sido batido, teniendo que replegarse desordenadamente á Capodichino.

Los lazzaronis, según decían, habían avanzado hasta la calle del Espiritu Santo.

Cogieron fusiles Salvato y Miguel, y se arrojaron con sus lazzaronis que los aguardaban, hacia la calle de Toledo, en donde reinaba el desorden y la confusión, oyéndose gritos de traición. Largo tiempo se vió Salvato envuelto en un torbellino de fugitivos; pero al ver á aquel gallardo joven, la cabeza descubierta, flotante la cabellera, empuñando el fusil y llamándolos al combate, se sonrojaron de su debilidad, y siguiendo á Sálvato y á Miguel, que se presentó en aquel momento con los suyos, se lanzaron contra Fra-Diávolo y

Gaetano Mammone, que les cerraban el paso. Fué tal la acometida, que los dos jefes sanfedistas creyeron haberse adelantado demasiado y ordenaron la retirada, dejando trescientos hombres en el Museo Borbónico, posición excelente que habían descuidado los patriotas, y establecieron una batería en la calle de la Cala.

Salvato y Miguel, poco seguros de su gente, rendida con dos días de lucha, se fortificaron en frente del Palacio Borbónico; apostaron cien hombres en la calle de Santa María de Constantinopla y mandaron al resto de la fuerza que se apoderase del convento del mismo nombre; pero sólo hallaron cincuenta hombres capaces de cometer lo que ellos llamaban una impiedad.

Cafa la noche, y republicanos y realistas, rendidos de fatiga, é ignorando unos y otros el estado de las cosas y su propio estado, suspendieron el fuego y se entregaron simultáneamente al descanso del sueño, precursor quizás del sueño de la muerte.

## CAPÍTULO XXIII

### Noche del catorce al quince de Junio

SALVATO no dormía, pareciéndole que su cuerpo de hierro podía prescindir del sueño y del descanso.

Creyendo importante conocer para el día siguiente el estado de cosas, mientras cada cual se acomodaba según le era posible para pasar una noche sosegada, después de haber dicho por lo bajo á Miguel algunas palabras pronunciando el nombre de Luisa, subió por la calle de Toledo á la cartuja de San Martín. El abad le condujo á su celda desde la cual se veían distintamente las posiciones de los sanfedistas y de los republicanos. Aquellos se extendían hasta la playa en donde tenían una batería de cañones que dominaba el puerto, que formaba el último punto de su ala izquierda, en la cual estaban de Cesare, Lamarra y Durante, tenientes del cardenal.

La otra ala, la derecha, mandada por Fra-Diávolo y Mammone, tenía sus avanzadas en el Museo Borbónico, en lo alto de la calle de Toledo.

Su centro se extendía desde San Juan al castillo del Carmen. El cardenal seguía aposentado en su casa del puente de la Magdalena. Los sanfedistas que atacaban á Nápoles eran de 35 á 40,000 hombres, enemigos exteriores reforzados con igual número dentro del casco de la ciudad.

Reunidas todas las fuerzas de los republicanos, llegaban apenas á 5 ó 6,000 hombres.

Al abarcar aquel inmenso horizonte, Salvato comprendió que era imprudente dejar consolidarse la larga punta que habían hecho en la calle de Toledo y que facilitaba al enemigo un medio de cortar la retirada. Llamó, pues, á Manthonnet, le enseñó las posiciones y los peligros que corrían, y bajando en seguida se presentaron al Directorio que estaba en sesión y había mandado á pedir auxilio al coronel Girandose, comandante de Capua.

Respondió éste que no le era posible; pero que si los patriotas, poniendo en su centro ancianos, niños y mujeres, hacían una salida á la bayoneta y llegaban á Capua, él se comprometía á llevarlos ilesos hasta Francia.

Ora fuese bueno el consejo, ora que sus temores

por Luisa pudiesen más que su patriotismo, es lo cierto que Salvato opinó como el coronel, insistiendo en que este plan, que entregaba á Nápoles al enemigo, salvaba á los patriotas. Así se decidió, aunque Manthonnet quería sepultarse con los napolitanos en las ruinas de la ciudad.

Encargado Salvato de poner en ejecución este plan, después de haber tranquilizado con su presencia á Luisa, salió otra vez del Castillo Nuevo para volver á colocar las tropas en los límites que había indicado.

En tanto un mensajero del coronel Mejean se presentó al cardenal, como emisario del comandante francés.

Eran las tres de la mañana: el cardenal estaba recostado en su lecho; mas como el negocio parecía urgente, fué introducido el mensajero, que encontró al cardenal Ruffo, vestido y con un par de pistolas en una mesa al alcance de su mano, y le presentó sus credenciales.

— ¿Venís de parte del comandante de San Telmo? le preguntó el cardenal.

— Sí, Excelentísimo Señor, respondió el mensajero, y bien sabéis que el coronel Mejean ha guardado la más estricta neutralidad durante el ataque de Nápoles.

— Sí, señor, y no ha podido menos de sorprenderme en vista del estado de guerra en que están los franceses y el rey de Nápoles.

— El comandante del fuerte de San Telmo deseaba entrar en correspondencia con V. E. antes de tomar una resolución.

— ¡ Ah! ¡ ah!

— Dicen que todos los hombres hallan una vez en su vida ocasión de hacer fortuna y él cree que ésta le ha llegado ya.

— Y ¿ cuenta al efecto con mi ayuda?

— Cree que importa más á V. E. ser su amigo que su enemigo, y brinda á V. E. con su amistad.

— ¿ Su amistad?

— Sí.

— ¿ Cómo? ¿ gratis? ¿ sin condiciones?

— He dicho que, en su juicio, le había llegado la ocasión de hacer fortuna. Pero tranquilícese Vuestra Eminencia: no es ambicioso: le bastarán quinientos mil francos.

— En efecto, es una bagatela; pero desgraciadamente las arcas del ejército no tienen siquiera la décima parte de esa suma.

Agitó el cardenal una campanilla, y su ayuda de cámara acudió al momento.

— Preguntad á Sacchinelli cuánto tenemos en caja.

Salió el ayuda de cámara y volvió á entrar un instante después, diciendo :

— Ocho mil ducados.

— Ya lo veis : cuarenta mil francos : menos aún de lo que os decía.

— ¿ Qué consecuencia debo sacar de la respuesta de Vuestra Eminencia ?

— La siguiente, dijo el cardenal, mirando con desprecio al mensajero. Que siendo yo hombre honrado, y á no ser así tendría á mi disposición una suma diez veces mayor, no puedo entrar en tratos con un miserable como él. Aun cuando la tuviese daría la misma respuesta. He venido á hacer la guerra á los franceses y á los napolitanos con pólvora y balas, y no con oro. Participadle mi contestación á la vez que el testimonio de mi desprecio al coronel Mejean, comandante del fuerte de San Telmo.

É indicó con el dedo la puerta al mensajero.

— No volváis en adelante á despertarme sino por cosas que valgan la pena, añadió dejándose caer en su lecho.

Cumplió su misión el comisario.

— Á nadie le pasa lo que á mí, dijo el coronel. ¡ Dar con gente honrada lo mismo con los sanfedistas que con los republicanos ! Está visto, ¡ tengo una suerte perra !

## CAPÍTULO XXIV

### Caída de San Gennaro y triunfo de San Antonio

El 15 por la mañana los centinelas sanfedistas notaron que las avanzadas republicanas habían abandonado sus puestos y exploraban el terreno.

En efecto, durante la noche Salvato había establecido cuatro baterías : una en la esquina del palacio Chiatamone : otra en un atrincheramiento junto á la iglesia de San Fernando : la tercera en la calle de Medina y la cuarta entre Puerto Picolo y la Inmacolatella.

El cuádruple cañoneo con que inesperadamente fueron recibidos los sanfedistas al llegar á la altura de la calle Nueva, les probó su engaño ; pues creían que los republicanos les habían cedido la partida, y se retiraron por las calles transversales poniéndose á cubierto de los fuegos del enemigo.

Mas, como eran suyas las tres cuartas partes de la

ciudad, pudieron saquear, matar é incendiar á su sabor en las casas de los patriotas.

Y, cosa extraña, contra quien más se ensañaron los lazzaronis fué con San Gennaro. Formaron en el Mercado Viejo, en frente de la casa del herido *beccaio*, un consejo de guerra en el que éste tomaba parte para juzgar á San Gennaro.

Invadieron su iglesia á pesar de la resistencia de los canónigos que fueron hollados bajo sus pies: derribaron la puerta de la sacristía, en donde estaba la imagen del Santo, y á los gritos de « ¡ Abajo San Gennaro ! » lo derribaron y lo dejaron encima de un guardacantón, en la esquina de la calle San Eligio, y no costó poco impedir que lo apedreasen.

Entanto llegó fray Pacífico, y por lo que había visto en casos análogos cuando era marino, comprendió que se trataba de un consejo de guerra, y usando de su popularidad dió cierta regularidad al juicio. Fueron á la Vicaría, endosaron siete togas y empezó el proceso. Había un fiscal y un defensor de oficio. San Gennaro fué interrogado legalmente, inquiriéndose su nombre, apellido y estado, así como los medios de que se había valido para encumbrarse al alto puesto que ocupaba.

Respondió por él su abogado haciendo valer su heroica muerte, su amor paternal por Nápoles y sus

milagros, sin olvidar á los austriacos vencidos en Velletri, merced á su intercesión.

Desgraciadamente para San Gennaro, su conducta antes tan ejemplar y pura, fué ambigua desde que los franceses entraron en la ciudad, habiendo hecho su milagro á la hora anticipadamente fijada por *Championnet*; pero el Santo respondió que había obedecido á la intimación de un capitán de húsares y sus satélites, que le amenazaron de muerte si no hacía el consabido milagro.

Estas y otras muchas razones del acusado fueron combatidas y pulverizadas por sus acusadores, y sin levantarse la sesión fué condenado San Gennaro á la degradación y á ser ahogado, proclamando en su lugar patrón de Nápoles á San Antonio, que había descubierto la *conjuración de las cuerdas*.

Ataron una al pescuezo de San Gennaro, arrastráronle por las calles de Nápoles y le condujeron al campo del cardenal, quien no sólo aprobó en todas sus partes la sentencia, sino que entregó á los lazzaronis una inmensa bandera en la cual estaba pintado San Gennaro huyendo de San Antonio, que le perseguía con unas disciplinas.

El fugitivo San Gennaro llevaba en una mano un lío de cuerdas y en la otra la bandera tricolor napolitana.

Redoblaron los gritos, el entusiasmo y la saña de los lazzaronis al ver el presente, y nombraron unánimemente porta-estandarte á fray Pacífico, quien abrió la procesión con la bandera: tras él iba la otra en que aparecía el cardenal de rodillas ante San Antonio, con los fíos de cuerdas: llevábala el anciano Basso Tomeo, acompañado de sus tres hijos. En seguida venía maese Donato arrastrando á San Gennaro por la cuerda, y por último, millares de hombres armados de todas armas, vociferando, saqueando y dejando en pos de sí huellas de sangre.

Las duquesas de Pepoli y de Casano, que habían cometido el crimen imperdonable, á los ojos de los lazzaronis, de pedir para los patriotas pobres, fueron arrancadas de sus palacios, y paseáronlas desnudas, — castas matronas á quienes no podía envilecer ningún ultraje, — por las calles y plazas de la ciudad, hasta el castillo de Capuana, y encerrándolas en los calabozos de la Vicaría.

La duquesa Fusco, amiga de Luisa, había merecido, como las dos primeras, el título de madre de la patria, y resolvieron condenarla al mismo suplicio; mas para llevarlo á cabo era preciso apoderarse de ella en Margellina, atravesando la línea formada por los republicanos desde la plaza de la

Victoria al castillo de San Telmo; y al llegar á los Jardines una granizada de balas obligó á los lazzaronis á retroceder, dejando una docena de muertos y heridos en el campo de batalla. Dirigiéronse con el mismo intento á la salida de San Nicolás de Tolentino, pero allí tuvieron igual suerte; obstinados en su plan de dar la vuelta á la cumbre de San Martín, siguieron su camino por Margellina hasta la residencia de la duquesa Fusco.

Al llegar á la fuente del León, el que conducía la banda propuso cercar silenciosamente la casa. Pero un hombre dijo á gritos que había otra mujer mucho más culpable que la duquesa Fusco, y era la que había dado asilo al edecán herido del general Championnet, la que había delatado á los Backer padre é hijo, siendo causa de su muerte. Esa mujer era la San Felice.

Al oírlo, todos gritaron: « ¡ Muera la San Felice ! »

Y sin tomar las precauciones necesarias para apoderarse de la duquesa Fusco, los lazzaronis asaltaron la casa de la Palmerá y penetraron en ella: estaba vacía.

Destrozaron todos los muebles y los arrojaron por las ventanas; pero no contentos con esto volvieron á sus vociferaciones: « ¡ La duquesa! ¡ la duquesa Fusco! ¡ Muera la madre de la patria! »

Y dejando la casa de la San Felice, acometieron la de la duquesa.

Á primera vista se conocía que la casa de la San Felice estaba abandonada hacía algunos días, mientras que en la de la duquesa se veían restos de una comida reciente: en su cuarto estaban esparcidos por el suelo su vestido y sayas, indicio de que se había fugado disfrazada.

El furor de los lazzaronis llegó á su colmo, y todo lo destrozaron, muebles, colgaduras, y en medio de horribles alaridos y de pistoletazos que tiraban á los espejos, de repente se oyó una voz estridente que venía del jardín.

— ¡ Viva la república! ¡ Mueran los tiranos!

Lanzáronse furiosos en busca del atrevido: la puerta del jardín estaba abierta y encontraron un pañuelo con las iniciales de la duquesa: ésta no podía estar lejos y los lazzaronis iban á tener su víctima: la misma voz repitió los gritos de « ¡ Viva la República! ¡ Mueran los tiranos! » Derramáronse unos por los rincones del jardín, otros por los cuartos de la casa, gritando aquéllos á éstos: « ¡ Arrójale por la ventana! » Todas sus pesquisas fueron inútiles; hasta que al fin, levantando uno los ojos á la copa de un árbol, apercibió en una rama al loro de la duquesa Fusco, discípulo de

Nicolino y de Velasco: asustado el animalito con el tumulto de la casa, se había escapado al jardín y no encontró nada mejor que hacer que repetir las lecciones de sus dos maestros republicanos.

Indiscreto anduvo el papagayo emitiendo sus opiniones políticas, que le valieron una descarga cerrada de los lazzaronis. Esta venganza los apaciguó un poco.

En tanto consumábase el suplicio de San Gennaro. Donato, después de haberle arrastrado hasta las orrillas del mar, soltó la cuerda en medio de las voces y rechifla de los espectadores, y le arrojó al abismo, en donde se quedó sepultado, ya por impotencia, ya por desprecio de los poderes celestes.